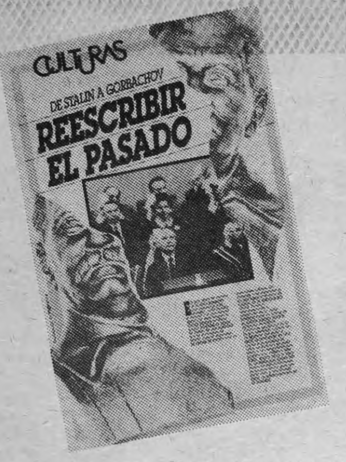
DE STALIN A GORBACHOV

REESCRIBIR EL PASADO

En una clase de historia, el alumno pregunta con inocencia a la maestra: —¿Le cuento la verdad o lo que dice el libro? Con esta imagen la prensa satírica soviética intentó sintetizar el estado de ánimo de una sociedad que se encuentra, de pronto, ante el imperativo de revisar el pasado con las inevitables culturas del presente y de rehabilitar a los que hasta ayer eran los villanos en la historiografía oficial. Desde el lanzamiento de la *perestroika* en la Unión Soviética todos los iconos de su historia político-cultural sufren de reescritura. ¿Cuánto se modificará de la propia identidad cultural de un régimen que echó a rodar la Revolución en 1917 contra el despotismo en todas sus formas y después elevó a la categoría de dios pagano a su máximo líder, Stalin, muerto hace 35 años? En los textos que siguen hay relatos de rehabilitaciones, testimonios de los giros que da la vida y una mirada sobre los efectos actuales en la sociedad.



REVISION DE LA MEMORIA RECIENTE

La revista satírica soviética *Krokodil* resumió hace poco en un sencillo chiste los traumas que sufre la URSS desde que emprendió la más profunda revisión de su pasado reciente que haya acometido ningún régimen. En pie ante su pupitre, en una clase de historia, un escolar preguntaba inocentemente a la maestra: "¿Le cuento la verdad o lo que pone el libro?". Ese dilema no es una broma, sino lo suficientemente serio como para que las universidades soviéticas hayan decidido suspender los exámenes de Historia Contemporánea de este curso a la espera de los nuevos manuales y libros de texto.

EL PAIS de Madrid

Durante todo el año anterior, los profesores habían pasado mil y un apuros en clase, sin saber qué versión de la historia soviética enseñar a sus alumnos, puesto que las informaciones de prensa iban mucho más allá en sus revelaciones que las autoridades o los historiadores oficiales. Un claro ejemplo ha sido la rehabilitación el pasado lunes por el Tribunal Supremo de los dirigentes comunistas fusilados por su "oposición de izquierda" a Stalin tras los amañados *procesos de Moscú* de 1936.

Ni los elementos más conservadores del Partido Comunista de la URSS (PCUS) podrían haberse opuesto a la descalificación jurídica de aquella farsa procesal en la Casa de los Sindicatos de Moscú, puesto que el mundo entero —incluidos los soviéticos— reconoce hace ya tiempo la falsedad de las acusaciones vertidas por el fiscal Andrei Vichinski contra "esas bestias antropomorfas", uno de los epítetos que dedicaba a los ex colaboradores de Lenin.

Sin embargo, Mijail Gorbachov había criticado el pasado 2 de noviembre, en su discurso con motivo del 70° aniversario de la Revolución de Octubre, a los mismos que acaban de ser declarados "inocentes ante la ley, el Estado y el pueblo" por el máximo tribunal soviético.

Desilusión

Gorbachov, en aquella intervención que tanto desilusionó a los partidarios de la *perestroika* histórica, dijo que algunos revolucionarios habían demostrado al final de los años veinte su "naturaleza pequeñoburguesa", anteponiendo sus ambiciones a los intereses del Estado. El secretario general se refirió específicamente a León Trotsky, quien, dijo, "era apoyado en sus ideas erróneas por Zinoviev y Kamenev", sin mencionar que ambos fueron después ejecutados por orden de Stalin.

Ahora, en un largo artículo sobre los procesos de Moscú, *Izvestia* (órgano del Soviet Supremo) proclama: "Hace ya mucho tiempo que nadie cree que ellos fueran terroristas ni los asesinos de Kirov (el secretario de Leningrado muerto en atentado en 1934), sino honestos revolucionarios, dedicados al ideal del socialismo; de ningún modo enemigos del partido ni del Estado".

El autor del artículo, Yuri Feofanov, estima que eso todavía se pone en duda en ciertos sectores del PCUS, por lo que su rehabilitación jurídica ha tenido que superar resistencias. Y cita la afirmación publicada hace dos meses y medio en el *Sovietskaya Kultura* de que "los trotskistas y los zinovievistas se transformaron en una oposición contrarrevolucionaria que emprendió actividades antipartido y antisoviéticas".

"¿De qué forma", se pregunta Feofanov, "la lucha contra la línea de Stalin puede ser considerada antipartido?". Ese interrogante da en el clavo, puesto que los historiadores soviéticos ya describen a Stalin sin ambages como un tirano ambicioso y cruel, que exterminó a los líderes comunistas para imponer su dictadura, hizo un genocidio con el campesinado del que todavía no se ha recuperado la agricultura soviética y llevó a la URSS no a la victoria sobre la Alemania nazi, sino al cataclismo de 20 millones de muertos.

Hace un mes, el ex diplomático Semión Rakovsky calificaba en *Moskovskaya Pravda* el pacto de no agresión entre Stalin y Hitler como algo "criminal", que "puso en peligro la propia existencia de la URSS". Y llega a comparar la crueldad de Hitler con la de Stalin, del que sugiere que admiraba al líder nazi precisamente por su carácter despiadado, con el que se sentía identificado.

El relato de *Izvestia* sobre la represión de los adversarios de Stalin revela claramente la injusticia del sistema. Tras el asesinato de Kirov, las autoridades sólo tardaron un mes en detener, procesar, condenar y ejecutar a Leonid Nikolaev y a otras 13 personas por ese crimen. Inmediatamente después se iniciaron nuevos juicios por el mismo delito, esta vez acusando a Grigori Zinoviev y a Lev Rosenfeld (Kamenev), principales colaboradores de Lenin durante su exilio en Suiza.

El veredicto reconoce que no hay pruebas sobre su implicación en el asesinato, pero los condena a 10 y 5 años de cárcel, respectivamente, porque "conocían las intenciones terroristas del grupo de Leningrado".

Leído en "Izvestia"

Año y medio después, relata el propio *Izvestia*, "en la segunda página del diario *Izvestia* apareció una lacónica información que sólo menciona que Kamenev, Zinoviev y otros van a ser juzgados" de nuevo. "Inmediatamente, en casi todos los periódicos aparecen artículos sobre 'la indignación de los trabajadores', que piden que 'no haya clemencia con los enemigos', y la 'destrucción de los canallas' ".

Después *Izvestia* recuerda que Stalin había preparado en 1934 la represión posterior con el nuevo *procedimiento legal* antiterrorista, que prevé sólo 10 días de investigación sumarial, la entrega del acta de acusación un día antes del juicio, la exclusión de fiscales y abogados, la anulación de las apelaciones y la inmediata ejecución por fusilamiento.

"Pero había quienes querían simplificar aún más las cosas, como Kaganovich que propuso que todos los casos sometidos al organismo especial de justicia del NKVD se resolvieran automáticamente con la pena de muerte, o Molotov, quien, ante el aumento del número de procesos, sugirió que se juzgase y fusilase pasando lista".

Después de la rehabilitación, en febrero, de los "opositores de derecha" Nikolai Bujarin y Alexei Rikov, la de todo el grupo *izquierdista* parece preparar una revisión del papel histórico de Trotsky, quien aún no merece ni una línea en la Gran Enciclopedia Soviética.

Aunque el último número de la revista *Novy Mir* insiste en que Trotsky era "un teórico del socialismo de cuartel que quería transformar el país en un gigantesco campo de concentración", lo cierto es que el creador del Ejército Rojo ha dejado de ser *inexistente* en la URSS. Citado en numerosas ocasiones por la prensa, Trotsky ha merecido a veces hasta el reconocimiento de sus aciertos, frente a los errores de Stalin. Como en el número de *Znamia* de este mes, que destaca que Trotsky predijo con precisión el crecimiento industrial soviético de los primeros años treinta, mientras Stalin tuvo que tragarse sus triunfalistas previsiones, dos veces y media superiores a la realidad.

Fuentes oficiales insisten en descartarla, pero una rehabilitación jurídica de Trotsky ya no es imposible en la URSS.



Tres de los cuatro eran judíos

Tres de los cuatro líderes de la revolución bolchevique cuya rehabilitación acaba de ser anunciada por Moscú —junto a la de "otros compañeros" cuyos nombres no han sido revelados aún— eran de origen judío: Grigori Yevseievitch Zinoviev, Lev Borissovitch Rosenfeld (alias Kamenev) y Karl Radek.

Yuri Piatakov, el cuarto rehabilitado, que dirigió a los bolcheviques en Ucrania y figuró entre los seis miembros del comité central que Lenin propuso en su testamento como candidatos a sucederle al frente del PCUS, era partidario de Trotsky desde el principio.

En cambio, Zinoviev y Kamenev apoyaron a Stalin hasta dos años después de la muerte de Lenin, cuando, en 1926, ya era patente la ambición y crueldad desmedidas del *hombre de acero*. Entonces se aliaron con Trotsky para formar la fracasada *troika* antiestalinista. También ambos se habían opuesto, en octubre de 1917, a los planes de Lenin de un levantamiento armado bolchevique, proponiendo una coalición gubernamental de todos los partidos socialistas.

Zinoviev fue el principal colaborador de Lenin de 1909 a 1917 en Francia, Austria y Suiza, y regresó con él a la URSS en 1917. Después fue presidente del Komintern (la Tercera Internacional) de 1919 a 1926. Fue ejecutado el 25 de agosto de 1936.

Kamenev estuvo también con Lenin en Suiza en 1908, pero regresó a la URSS antes de la I Guerra Mundial, donde encabezó a los diputados bolcheviques en la Duma, y fue deportado a Siberia en 1914. Liberado en 1917 y elegido de inmediato miembro del Politburó, tuvo que hacer tres veces su autocrítica. Fue fusilado con Kamenev.

Karl Radek estudió en las universidades de Cracovia y de Berna, entró en 1901 en el partido socialdemócrata polaco y fue detenido durante la revolución de 1905. Tras su liberación, actuó como periodista en Alemania y Suiza durante la I Guerra Mundial. Volvió a la URSS con Lenin, participó en las negociaciones de Brest-Litovsk y representó a los bolcheviques ante Alemania, donde sería detenido y expulsado. En desgracia desde el fracaso del golpe comunista en Alemania en 1923, fue excluido del partido por trostkista en 1927 y amnistiado en 1928. Trabajó en *Izvestia* hasta 1936, cuando volvió a ser expulsado del partido. Condenado a 10 años de prisión en 1937, pereció durante su cautiverio en fecha desconocida.



REVISION DE LA MEMORIA RECIENTE

La revista satírica soviética *Krokodil* resumió hace poco en un sencillo chiste los traumas que sufre la URSS desde que emprendió la más profunda revisión de su pasado reciente que haya acometido ningún régimen. En pie ante su pupitre, en una clase de historia, un escolar preguntaba inocentemente a la maestra: "¿Le cuento la verdad o lo que pone el libro?". Ese dilema no es una broma, sino lo suficientemente serio como para que las universidades soviéticas hayan decidido suspender los exámenes de Historia Contemporánea de este curso a la espera de los nuevos manuales y libros de texto.

EL PAIS de Madrid

Durante todo el año anterior, los profesores habían pasado mil y un apuros en clase, sin saber qué versión de la historia soviética enseñar a sus alumnos, puesto que las informaciones de prensa iban mucho más allá en sus revelaciones que las autoridades o los historiadores oficiales. Un claro ejemplo ha sido la rehabilitación el pasado lunes por el Tribunal Supremo de los dirigentes comunistas fusilados por su "oposición de izquierda" a Stalin tras los amañados *procesos de Moscú* de 1936.

Ni los elementos más conservadores del Partido Comunista de la URSS (PCUS) podrían haberse opuesto a la descalificación jurídica de aquella farsa procesal en la Casa de los Sindicatos de Moscú, puesto que el mundo entero —incluidos los soviéticos— reconoce hace ya tiempo la falsedad de las acusaciones vertidas por el fiscal Andrei Vichinski contra "esas bestias antropomorfas", uno de los epítetos que dedicaba a los ex colaboradores de Lenin.

Sin embargo, Mijail Gorbachov había criticado el pasado 2 de noviembre, en su discurso con motivo del 70° aniversario de la Revolución de Octubre, a los mismos que acaban de ser declarados "inocentes ante la ley, el Estado y el pueblo" por el máximo tribunal soviético.

Desilusión

Gorbachov, en aquella intervención que tanto desilusionó a los partidarios de la *perestroika* histórica, dijo que algunos revolucionarios habían demostrado al final de los años veinte su "naturaleza pequeñoburguesa", anteponiendo sus ambiciones a los intereses del Estado. El secretario general se refirió específicamente a León Trotsky, quien, dijo, "era apoyado en sus ideas erróneas por Zinoviev y Kamenev", sin mencionar que ambos fueron después ejecutados por orden de Stalin.

Ahora, en un largo artículo sobre los procesos de Moscú, *Izvestia* (órgano del Soviet Supremo) proclama: "Hace ya mucho tiempo que nadie cree que ellos fueran terroristas ni los asesinos de Kirov (el secretario de Leningrado muerto en atentado en 1934), sino honestos revolucionarios, dedicados al ideal del socialismo; de ningún modo enemigos del partido ni del Estado".

El autor del artículo, Yuri Feofanov, estima que eso todavía se pone en duda en ciertos sectores del PCUS, por lo que su rehabilitación jurídica ha tenido que superar resistencias. Y cita la afirmación publicada hace dos meses y medio en el *Sovietskaya Kultura* de que "los trotskistas y los zinovievistas se transformaron en una oposición contrarrevolucionaria que emprendió actividades antipartido y antisoviéticas".

"¿De qué forma", se pregunta Feofanov, "la lucha contra la línea de Stalin puede ser considerada antipartido?". Ese interrogante da en el clavo, puesto que los historiadores soviéticos ya describen a Stalin sin ambages como un tirano ambicioso y cruel, que exterminó a los líderes comunistas para imponer su dictadura, hizo un genocidio con el campesinado del que todavía no se ha recuperado la agricultura soviética y llevó a la URSS no a la victoria sobre la Alemania nazi, sino al cataclismo de 20 millones de muertos.

Hace un mes, el ex diplomático Semión Rakovsky calificaba en *Moskovskaya Pravda* el pacto de no agresión entre Stalin y Hitler como algo "criminal", que "puso en peligro la propia existencia de la URSS". Y llega a comparar la crueldad de Hitler con la de Stalin, del que sugiere que admiraba al líder nazi precisamente por su carácter despiadado, con el que se sentía identificado.

El relato de *Izvestia* sobre la represión de los adversarios de Stalin revela claramente la injusticia del sistema. Tras el asesinato de Kirov, las autoridades sólo tardaron un mes en detener, procesar, condenar y ejecutar a Leonid Nikolaev y a otras 13 personas por ese crimen. Inmediatamente después se iniciaron nuevos juicios por el mismo delito, esta vez acusando a Grigori Zinoviev y a Lev Rosenfeld (Kamenev), principales colaboradores de Lenin durante su exilio en Suiza.

El veredicto reconoce que no hay pruebas sobre su implicación en el asesinato, pero los condena a 10 y 5 años de cárcel, respectivamente, porque "conocían las intenciones terroristas del grupo de Leningrado".

Leído en "Izvestia"

Año y medio después, relata el propio *Izvestia*, "en la segunda página del diario *Izvestia* apareció una lacónica información que sólo menciona que Kamenev, Zinoviev y otros van a ser juzgados" de nuevo. "Inmediatamente, en casi todos los periódicos aparecen artículos sobre 'la indignación de los trabajadores', que piden que 'no haya clemencia con los enemigos', y la 'destrucción de los canallas' ".

Después *Izvestia* recuerda que Stalin había preparado en 1934 la represión posterior con el nuevo *procedimiento legal* antiterrorista, que prevé sólo 10 días de investigación sumarial, la entrega del acta de acusación un día antes del juicio, la exclusión de fiscales y abogados, la anulación de las apelaciones y la inmediata ejecución por fusilamiento.

"Pero había quienes querían simplificar aún más las cosas, como Kaganovich que propuso que todos los casos sometidos al organismo especial de justicia del NKVD se resolvieran automáticamente con la pena de muerte, o Molotov, quien, ante el aumento del número de procesos, sugirió que se juzgase y fusilase pasando lista".

Después de la rehabilitación, en febrero, de los "opositores de derecha" Nikolai Bujarin y Alexei Rikov, la de todo el grupo *izquierdista* parece preparar una revisión del papel histórico de Trotsky, quien aún no merece ni una línea en la Gran Enciclopedia Soviética.

Aunque el último número de la revista *Novy Mir* insiste en que Trotsky era "un teórico del socialismo de cuartel que quería transformar el país en un gigantesco campo de concentración", lo cierto es que el creador del Ejército Rojo ha dejado de ser *inexistente* en la URSS. Citado en numerosas ocasiones por la prensa, Trotsky ha merecido a veces hasta el reconocimiento de sus aciertos, frente a los errores de Stalin. Como en el número de *Znamia* de este mes, que destaca que Trotsky predijo con precisión el crecimiento industrial soviético de los primeros años treinta, mientras Stalin tuvo que tragarse sus triunfalistas previsiones, dos veces y media superiores a la realidad.

Fuentes oficiales insisten en descartarla, pero una rehabilitación jurídica de Trotsky ya no es imposible en la URSS.

Tres de los cuatro eran judíos

Tres de los cuatro líderes de la revolución bolchevique cuya rehabilitación acaba de ser anunciada por Moscú —junto a la de "otros compañeros" cuyos nombres no han sido revelados aún— eran de origen judío: Grigori Yevseievitch Zinoviev, Lev Borissovitch Rosenfeld (alias Kamenev) y Karl Radek.

Yuri Piatakov, el cuarto rehabilitado, que dirigió a los bolcheviques en Ucrania y figuró entre los seis miembros del comité central que Lenin propuso en su testamento como candidatos a sucederle al frente del PCUS, era partidario de Trotsky desde el principio.

En cambio, Zinoviev y Kamenev apoyaron a Stalin hasta dos años después de la muerte de Lenin, cuando, en 1926, ya era patente la ambición y crueldad desmedidas del *hombre de acero*. Entonces se aliaron con Trotsky para formar la fracasada *troika* antiestalinista. También ambos se habían opuesto, en octubre de 1917, a los planes de Lenin de un levantamiento armado bolchevique, proponiendo una coalición gubernamental de todos los partidos socialistas.

Zinoviev fue el principal colaborador de Lenin de 1909 a 1917 en Francia, Austria y Suiza, y regresó con él a la URSS en 1917. Después fue presidente del Komintern (la Tercera Internacional) de 1919 a 1926. Fue ejecutado el 25 de agosto de 1936.

Kamenev estuvo también con Lenin en Suiza en 1908, pero regresó a la URSS antes de la I Guerra Mundial, donde encabezó a los diputados bolcheviques en la Duma, y fue deportado a Siberia en 1914. Liberado en 1917 y elegido de inmediato miembro del Politburó, tuvo que hacer tres veces su autocrítica. Fue fusilado con Kamenev.

Karl Radek estudió en las universidades de Cracovia y de Berna, entró en 1901 en el partido socialdemócrata polaco y fue detenido durante la revolución de 1905. Tras su liberación, actuó como periodista en Alemania y Suiza durante la I Guerra Mundial. Volvió a la URSS con Lenin, participó en las negociaciones de Brest-Litovsk y representó a los bolcheviques ante Alemania, donde sería detenido y expulsado. En desgracia desde el fracaso del golpe comunista en Alemania en 1923, fue excluido del partido por trostkista en 1927 y amnistiado en 1928. Trabajó en *Izvestia* hasta 1936, cuando volvió a ser expulsado del partido. Condenado a 10 años de prisión en 1937, pereció durante su cautiverio en fecha desconocida.





AFP

Nikolai Bujarin o una víctima del terror

Por Enrique Ruiz García

El máximo organismo del poder soviético, el Buró Político, ha decidido rehabilitar plenamente a Nikolai Bujarin, aquel *bolchevique moderado*, víctima del terror de Stalin. Para el autor, esta rehabilitación debe ser el comienzo de un amplio debate dentro del sistema de la URSS sobre las causas de estas atrocidades, porque no basta con pasar una esponja y pedir perdón. Se trata de algo fundamental para tratar sobre la libertad y la democracia bajo el socialismo.

En marzo de 1988 se cumplieron los 35 años de la muerte de Stalin. Tres generaciones han entrado en escena, a su vez, desde que Nikolai Bujarin fuera ejecutado, en 1938. Su rehabilitación ahora plantea un enorme problema a los hombres vivos, a los hombres libres. En efecto, el lenguaje encrático, el lenguaje repetitivo del poder, condena y rehabilita sin tener en cuenta, en muchos casos, la significación profunda de los hechos.

Ya al final de los años veinte, cuando la Unión Soviética iniciaba la etapa inicial del terror estaliniano, en el marco de la colectivización forzosa de la tierra, Bujarin se había inclinado, primero, por la discusión abierta, y después, por el avance lento del socialismo, a la vez que por el máximo de garantías sociales al ciudadano soviético. Más tarde, en 1936, al iniciarse los procesos de Zinoviev y Kamenev, Bujarin no dudaría tampoco, respecto de la significación del combate. "Todo el mundo habla", decía, "de la nueva Constitución de Stalin, pero el fondo del asunto es obvio: *consolidación* del régimen y destrucción de cualquier forma de resistencia".

La rehabilitación de Bujarin, en consecuencia, no paraliza, sino al revés, la investigación crítica. Por ello mismo, no es inútil decir que el proceso de Zinoviev y Kamenev, en 1936, fue el camino para que aparecieran a continuación los nombres de los siguientes acusados: Bujarin, Rikov y Tomski, y con ellos, los trotskistas. Todas las oposiciones iban a terminar no sólo ante los pelotones de ejecución, sino en la aniquilación moral y política, al ser aventadas, bajo la ley de la injuria, al espacio de los contrarrevolucionarios, agentes del imperialismo, espías y traidores. En suma, los 16 acusados por Vichinski el 19 de agosto de 1936 fueron declarados culpables el día 24 y ejecutados unos días más tarde. Tomski, antes de sufrir las humillaciones de los juicios, prefirió, se dijo, el suicidio. Su muerte fue notoria.

En realidad, la máquina de destrucción de la oposición había comenzado ya con el asesinato de Kirov en Leningrado, en 1934. Fue el gran pretexto para las primeras ejecuciones en serie. Para Souvarine, en su prodigioso retrato de *Stalin* fue el inicio de la liquidación del debate y de la oposición, y también de algo más: el comienzo de las deportaciones masivas de poblaciones con un propósito impedir cualquier cohesión de fuerzas.

Puede entenderse, por tanto, que la ejecución de Zinoviev y Kamenev abrió la puerta a las atrocidades —el terror como una teoría política pragmática— de 1937-1938. Es ahí donde Bujarin no puede ser, como podría desprenderse de la rehabilitación, el ejemplo de una simple confrontación con Stalin. No es así. Bujarin vino a representar —y eso es lo rescatable— la resistencia frente al terror de Estado y la versión crítica. Cohen, en su biografía de Bujarin (*Bukharin and the bolchevik revolution. A political biography)*, advierte esos aspectos decisivos: "El comité central vivió", dice, "el 23 de febrero de 1937 una de las sesiones más decisivas de su historia desde 1917. Los enemigos del terror sabían que no podrían hacerle frente si Bujarin era excluido del partido y encarcelado. Pero esta decisión dependía ya del comité central. Por otra parte, si Bujarin era condenado como *enemigo del pueblo*, nadie, después de él, estaría a salvo. Stalin conocía la importancia de la cuestión y no dejó nada al azar. Cinco días antes de la reunión, Ordjonikidje, el más influyente entre los adversarios del terror, se *suicidaba*. Cuando comenzó el *plenum*, el temor reinaba en la asamblea y los moderados estaban debilitados... Los debates debían iniciarse sobre varios temas, pero no hubo nada más que un punto de discusión: la exclusión de Bujarin y Rikov. Stalin y sus partidarios hicieron circular por la asamblea unos informes policiacos demostrando que Bujarin y Rikov eran sólo asesinos y saboteadores al servicio del fascismo..."

El historiador francés Jean Elleinstein, comunista, en el segundo tomo de su historia de la URSS *(Le socialisme dans un seule pays, 1922-1939)*, ratifica el triunfo del terror y la victoria política de la ilegalidad. Advierte: "¿Se suicidaron (Tomski y Ordjonikidje) en razón de su impotencia para hacer frente al terror o fueron víctimas de la NKVD?"

Es en esas horas cuando Bujarin, anticipando el futuro, entregará a su esposa un escrito para que se conociese en el futuro su punto de vista: *A las futuras generaciones del partido*. Comenzaba: "Ya no tengo la fuerza para hacer frente a esta máquina infernal que ha adquirido un gigantesco poder y que funciona a golpes de calumnias y secretos...".

Durante el juicio, el diálogo entre Vichinski —fiscal del terror— y Bujarin refleja hasta el colmo la tragedia de la revolución: "Yo le pido", dice Vichinski, "una vez más, que confiese ante este tribunal, teniendo en cuenta los testimonios reunidos contra usted, cuáles fueron los servicios de espionaje que ha realizado para los ingleses, los alemanes o los japoneses". La negativa fue rotunda. Finalmente, como los demás, tuvo que declararse culpable.

El 15 de marzo de 1938, con Rikov y 16 bolcheviques más, fue conducido al pelotón de ejecución.

Después del informe que Kruschov, en 1956, ante el XX Congreso, aunque no se atrevió a defender a la oposición a Stalin —pero sí condenó los crímenes de Stalin—, comenzó la rehabilitación de varios millares de personas. No siempre la de aquellos que conocieron bien las causas de la crisis. Más aún: en 1961, varios viejos bolcheviques pidieron al Politburó que se rehabilitara a Bujarin. Recordaban que Lenin le había llamado una vez "el favorito legítimo del partido". La esposa de Bujarin, por su parte, después de haber pasado casi 20 años en las cárceles y el destierro, insistió valerosamente en lo mismo. Hizo a Kruschov tres peticiones: *primo*, que se hiciera una declaración pública diciendo que era falso que su esposo hubiera realizado actos criminales contra el partido; *secundo*, que se rehabilitara su memoria ante el partido mismo, y *tertio*, que se autorizara a ella y a su hijo a volver a residir en Moscú. Kruschov estuvo de acuerdo en la primera y la tercera de las peticiones, pero eludió la segunda. En diciembre de 1962, oficialmente, en respuesta a la demanda inicial, se hizo una declaración oficial diciendo que "ni Bujarin ni Rikov habían sido espías ni terroristas".

La rehabilitación política no se ha producido hasta la *perestroika* y la *glasnost*, pero el centro dialéctico del problema permanece. "No se trata de huir hacia adelante olvidando la condena con la rehabilitación. Parece indispensable ir hasta el fondo de una cuestión que excede con mucho el período estaliniano, puesto que, hasta 35 años después de su muerte, la máscara del Estado que no se equivoca ha perdurado". Bujarin, como el lema de la editorial de Miguel Servet, pertenece a la más angustiosa y válida interrogación del hombre: "Conmigo me llevo mi libertad". Incluidos los errores, las omisiones, los problemas del existir. Eso que es el hombre.

La selección de Stalin
La barra brava bolchevique

Corría 1952, año de olimpíadas, y los malos presagios corrían de boca en boca entre ministros y generales, ascendían desde el olor a linimento de los vestuarios a las cimas del poder en donde el secretario del Komsomol dibujaba jugadas nerviosas en papeles que inmediatamente enviaba al canasto. Estrategas que jamás se habían calzado botines diseñaron una astucia: hacer jugar a la selección nacional del fútbol de los soviets bajo el nombre de la escuadra del ejército, la *Tsdsa*, en lugar de reconocer el empleo de la base del equipo más poderoso: la *Dynamo* de Kiev. "No imaginábamos lo que iba a pasar", se lamentaba 36 años después un protagonista de aquella audacia, el jugador Jurij Nyrkov.

"¿Quién decidía entonces", se preguntaba el hoy general mayor y ex jugador de la *Tsdsa*, Jurij Nyrkov en la revista *El combatiente soviético*. El jugador general se contestaba: "Un hombre pletórico de energías, impetuoso y categórico, que no toleraba las objeciones y cuyo conocimiento del deporte era tan amplio como superficial. Gozaba de una gran autoridad ante Stalin. Se trataba del primer secretario del Comité Central del Komsomol, N. A. Mijalkov".

En un clima atravesado por órdenes y susurros, el equipo soviético hizo su primera concentración en la localidad de Mosca. A los pocos días llegaba allí un enviado especial de Mijalkov, un hombre que merecía toda su confianza. Llegaba con una directiva: averiguar la formación de la escuadra y volver inmediatamente. Había que jugar contra los húngaros y la respuesta de los técnicos soviéticos fue: "No podemos decidir quiénes juegan sin antes saber quiénes serán los húngaros que salgan a la cancha". Los intermediarios de Mijalkov, conociendo el carácter de su jefe, insistieron. El secretario general obtuvo la información vital y adosó un mensaje de retorno en letras visibles: *"No se admiten cambios"*.

Para no dejar cabos sueltos, el propio Mijalkov se trasladó junto al equipo a Leningrado. Cuestión de adaptarse al clima finlandés. Horas antes de la partida hacia Helsinki, reunió a los jugadores en torno suyo y en tono campechano les dijo "se me ocurrió una idea. Ustedes van a enviarle una carta al camarada Stalin con la promesa solemne de que regresarán como campeones".

El debut soviético fue auspicioso: Bulgaria cayó derrotada ante la maquinaria de la *Tsdsa*. Pero la consecuencia fue una noticia espeluznante: la URSS debería jugar contra los yugoslavos, los protegidos del odioso traidor Josef Broz Tito. Hubo quienes propusieron renunciar al match aduciendo razones políticas. Los teléfonos rojos ardían.

Llegó el partido y la URSS remontó un resultado de manera heroica. Perdía 5 a 1 y consiguió el empate. El 22 de julio de 1952 fue sin embargo una fecha infausta: se perdió por 3 a 1. La orden fue terminante y la delegación fue acuartelada lejos de allí, excepto el técnico Arkadiev que fue regresado por vía aérea y aterrizó en la madrecita Patria a la mañana siguiente, hecho polvo.

Pero los verdaderos alcances del desastre se ventilaron nada menos que en el Kremlin. Ante la delegación olímpica en pleno los discursos centrales se dirigieron a la persona del *coach*. "Ese Arkadiev —sentenciaron—, ese viejo muerto de hambre, ese sucio intelectual apolítico." La directiva final provino del mismísimo Stalin: "Hay que disolver al equipo del Ejército soviético". Los campeonatos rusos comenzaron a jugarse con una escuadra de menos, sin mediar explicaciones.

Todavía faltaba un rapapolvos. Ya era 1953 y el funcionario enésimo elaboró el balance definitivo: "Perdimos contra Tito. Nuestro equipo no sólo se cubrió de vergüenza. También puso en ridículo al pueblo todo, a todos aquellos que luchan por la causa de la paz". K. Andrianov apeló incluso a la ciencia futbolística: "La manía de la táctica no lleva a la victoria... ¡Todo es tan sencillo, camaradas! El entrenador toma una hoja y escribe a la izquierda el nombre del jugador y sus defectos en la defensa o el ataque y a la derecha se escribe cómo eliminar esos defectos".

Así fue cómo los burócratas dieron lecciones a los entrenadores.



AFP

Nikolai Bujarin o una víctima del terror

Por Enrique Ruiz García

El máximo organismo del poder soviético, el Buró Político, ha decidido rehabilitar plenamente a Nikolai Bujarin, aquel *bolchevique moderado*, víctima del terror de Stalin. Para el autor, esta rehabilitación debe ser el comienzo de un amplio debate dentro del sistema de la URSS sobre las causas de estas atrocidades, porque no basta con pasar una esponja y pedir perdón. Se trata de algo fundamental para tratar sobre la libertad y la democracia bajo el socialismo.

En marzo de 1988 se cumplieron los 35 años de la muerte de Stalin. Tres generaciones han entrado en escena, a su vez, desde que Nikolai Bujarin fuera ejecutado, en 1938. Su rehabilitación ahora plantea un enorme problema a los hombres vivos, a los hombres libres. En efecto, el lenguaje encrático, el lenguaje repetitivo del poder, condena y rehabilita sin tener en cuenta, en muchos casos, la significación profunda de los hechos.

Ya al final de los años veinte, cuando la Unión Soviética iniciaba la etapa inicial del terror estaliniano, en el marco de la colectivización forzosa de la tierra, Bujarin se había inclinado, primero, por la discusión abierta, y después, por el avance lento del socialismo, a la vez que por el máximo de garantías sociales al ciudadano soviético. Más tarde, en 1936, al iniciarse los procesos de Zinoviev y Kamenev, Bujarin no dudaría tampoco, respecto de la significación del combate. "Todo el mundo habla", decía, "de la nueva Constitución de Stalin, pero el fondo del asunto es obvio: *consolidación* del régimen y destrucción de cualquier forma de resistencia".

La rehabilitación de Bujarin, en consecuencia, no paraliza, sino al revés, la investigación crítica. Por ello mismo, no es inútil decir que el proceso de Zinoviev y Kamenev, en 1936, fue el camino para que aparecieran a continuación los nombres de los siguientes acusados: Bujarin, Rikov y Tomski, y con ellos, los trotskistas. Todas las oposiciones iban a terminar no sólo ante los pelotones de ejecución, sino en la aniquilación moral y política, al ser aventadas, bajo la ley de la injuria, al espacio de los contrarrevolucionarios, agentes del imperialismo, espías y traidores. En suma, los 16 acusados por Vichinski el 19 de agosto de 1936 fueron declarados culpables el día 24 y ejecutados unos días más tarde. Tomski, antes de sufrir las humillaciones de los juicios, prefirió, se dijo, el suicidio. Su muerte fue notoria.

En realidad, la máquina de destrucción de la oposición había comenzado ya con el asesinato de Kirov en Leningrado, en 1934. Fue el gran pretexto para las primeras ejecuciones en serie. Para Souvarine, en su prodigioso retrato de *Stalin* fue el inicio de la liquidación del debate y de la oposición, y también de algo más: el comienzo de las deportaciones masivas de poblaciones con un propósito impedir cualquier cohesión de fuerzas.

Puede entenderse, por tanto, que la ejecución de Zinoviev y Kamenev abrió la puerta a las atrocidades —el terror como una teoría política pragmática— de 1937-1938. Es ahí donde Bujarin no puede ser, como podría desprenderse de la rehabilitación, el ejemplo de una simple confrontación con Stalin. No es así. Bujarin vino a representar —y eso es lo rescatable— la resistencia frente al terror de Estado y la versión crítica. Cohen, en su biografía de Bujarin (*Bukharin and the bolchevik revolution. A political biography)*, advierte esos aspectos decisivos: "El comité central vivió", dice, "el 23 de febrero de 1937 una de las sesiones más decisivas de su historia desde 1917. Los enemigos del terror sabían que no podrían hacerle frente si Bujarin era excluido del partido y encarcelado. Pero esta decisión dependía ya del comité central. Por otra parte, si Bujarin era condenado como *enemigo del pueblo*, nadie, después de él, estaría a salvo. Stalin conocía la importancia de la cuestión y no dejó nada al azar. Cinco días antes de la reunión, Ordjonikidje, el más influente entre los adversarios del terror, se *suicidaba*. Cuando comenzó el *plenum*, el temor reinaba en la asamblea y los moderados estaban debilitados... Los debates debían iniciarse sobre varios temas, pero no hubo nada más que un punto de discusión: la exclusión de Bujarin y Rikov. Stalin y sus partidarios hicieron circular por la asamblea unos informes policiacos demostrando que Bujarin y Rikov eran sólo asesinos y saboteadores al servicio del fascismo..."

El historiador francés Jean Elleinstein, comunista, en el segundo tomo de su historia de la URSS *(Le socialisme dans un seule pays, 1922-1939)*, ratifica el triunfo del terror y la victoria política de la ilegalidad. Advierte: "¿Se suicidaron (Tomski y Ordjonikidje) en razón de su impotencia para hacer frente al terror o fueron víctimas de la NKVD?"

Es en esas horas cuando Bujarin, anticipando el futuro, entregará a su esposa un escrito para que se conociese en el futuro su punto de vista: *A las futuras generaciones del partido*. Comenzaba: "Ya no tengo la fuerza para hacer frente a esta máquina infernal que ha adquirido un gigantesco poder y que funciona a golpes de calumnias y secretos...".

Durante el juicio, el diálogo entre Vichinski —fiscal del terror— y Bujarin refleja hasta el colmo la tragedia de la revolución: "Yo le pido", dice Vichinski, "una vez más, que confiese ante este tribunal, teniendo en cuenta los testimonios reunidos contra usted, cuáles fueron los servicios de espionaje que ha realizado para los ingleses, los alemanes o los japoneses". La negativa fue rotunda. Finalmente, como los demás, tuvo que declararse culpable.

El 15 de marzo de 1938, con Rikov y 16 bolcheviques más, fue conducido al pelotón de ejecución.

Después del informe que Kruschov, en 1956, ante el XX Congreso, aunque no se atrevió a defender a la oposición a Stalin —pero sí condenó los crímenes de Stalin—, comenzó la rehabilitación de varios millares de personas. No siempre la de aquellos que conocieron bien las causas de la crisis. Más aún: en 1961, varios viejos bolcheviques pidieron al Politburó que se rehabilitara a Bujarin. Recordaban que Lenin le había llamado una vez "el favorito legítimo del partido". La esposa de Bujarin, por su parte, después de haber pasado casi 20 años en las cárceles y el destierro, insistió valerosamente en lo mismo. Hizo a Kruschov tres peticiones: *primo*, que se hiciera una declaración pública diciendo que era falso que su esposo hubiera realizado actos criminales contra el partido; *secundo*, que se rehabilitara su memoria ante el partido mismo, y *tertio*, que se autorizara a ella y a su hijo a volver a residir en Moscú. Kruschov estuvo de acuerdo en la primera y la tercera de las peticiones, pero eludió la segunda. En diciembre de 1962, oficialmente, en respuesta a la demanda inicial, se hizo una declaración oficial diciendo que "ni Bujarin ni Rikov habían sido espías ni terroristas".

La rehabilitación política no se ha producido hasta la *perestroika* y la *glasnost*, pero el centro dialéctico del problema permanece. "No se trata de huir hacia adelante olvidando la condena con la rehabilitación. Parece indispensable ir hasta el fondo de una cuestión que excede con mucho el periodo estaliniano, puesto que, hasta 35 años después de su muerte, la máscara del Estado que no se equivoca ha perdurado". Bujarin, como el lema de la editorial de Miguel Servet, pertenece a la más angustiosa y válida interrogación del hombre: "Conmigo me llevo mi libertad". Incluidos los errores, las omisiones, los problemas del existir. Eso que es el hombre.

La selección de Stalin

La barra brava bolchevique

Corría 1952, año de olimpíadas, y los malos presagios corrían de boca en boca entre ministros y generales, ascendían desde el olor a linimento de los vestuarios a las cimas del poder en donde el secretario del Komsomol dibujaba jugadas nerviosas en papeles que inmediatamente enviaba al canasto. Estrategas que jamás se habían calzado botines diseñaron una astucia: hacer jugar a la selección nacional del fútbol de los soviets bajo el nombre de la escuadra del ejército, la *Tsdsa*, en lugar de reconocer el empleo de la base del equipo más poderoso: la *Dynamo* de Kiev. "No imaginábamos lo que iba a pasar", se lamentaba 36 años después un protagonista de aquella audacia, el jugador Jurij Nyrkov.

"¿Quién decidía entonces", se preguntaba el hoy general mayor y ex jugador de la *Tsdsa*, Jurij Nyrkov en la revista *El combatiente soviético*. El jugador general se contestaba: "Un hombre pletórico de energías, impetuoso y categórico, que no toleraba las objeciones y cuyo conocimiento del deporte era tan amplio como superficial. Gozaba de una gran autoridad ante Stalin. Se trataba del primer secretario del Comité Central del Komsomol, N. A. Mijalkov".

En un clima atravesado por órdenes y susurros, el equipo soviético hizo su primera concentración en la localidad de Mosca. A los pocos días llegaba allí un enviado especial de Mijalkov, un hombre que merecía toda su confianza. Llegaba con una directiva: averiguar la formación de la escuadra y volver inmediatamente. Había que jugar contra los húngaros y la respuesta de los técnicos soviéticos fue: "No podemos decidir quiénes juegan sin antes saber quiénes serán los húngaros que salgan a la cancha". Los intermediarios de Mijalkov, conociendo el carácter de su jefe, insistieron. El secretario general obtuvo la información vital y adosó un mensaje de retorno en letras visibles: *"No se admiten cambios"*.

Para no dejar cabos sueltos, el propio Mijalkov se trasladó junto al equipo a Leningrado. Cuestión de adaptarse al clima finlandés. Horas antes de la partida hacia Helsinki, reunió a los jugadores en torno suyo y en tono campechano les dijo "se me ocurrió una idea. Ustedes van a enviarle una carta al camarada Stalin con la promesa solemne de que regresarán como campeones".

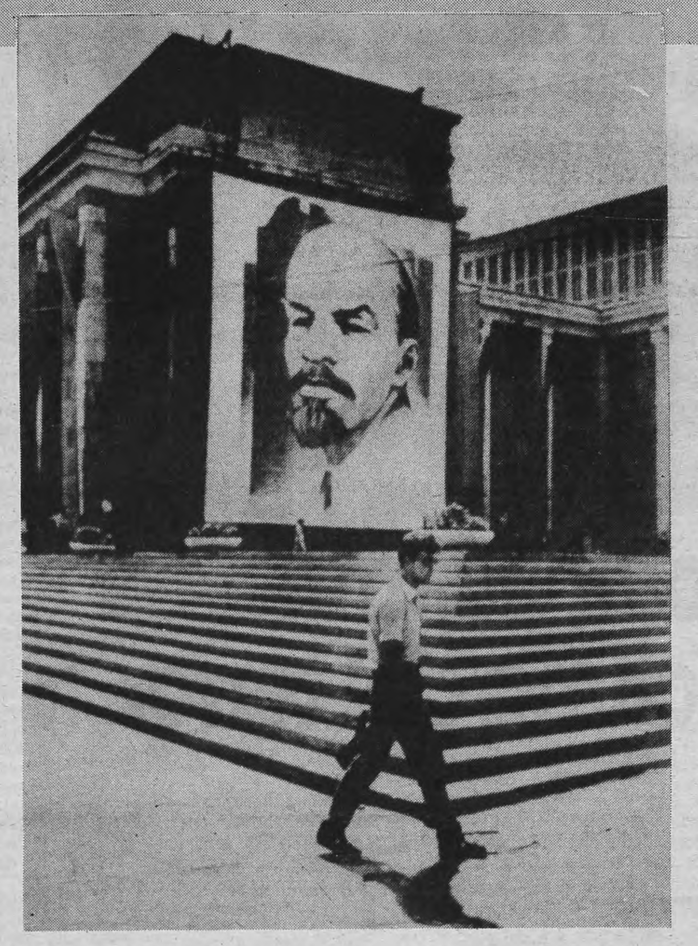
El debut soviético fue auspicioso: Bulgaria cayó derrotada ante la maquinaria de la *Tsdsa*. Pero la consecuencia fue una noticia espeluznante: la URSS debería jugar contra los yugoslavos, los protegidos del odioso traidor Josef Broz Tito. Hubo quienes propusieron renunciar al match aduciendo razones políticas. Los teléfonos rojos ardían.

Llegó el partido y la URSS remontó un resultado de manera heroica. Perdía 5 a 1 y consiguió el empate. El 22 de julio de 1952 fue sin embargo una fecha infausta: se perdió por 3 a 1. La orden fue terminante y la delegación fue acuartelada lejos de allí, excepto el técnico Arkadiev que fue regresado por vía aérea y aterrizó en la madrecita Patria a la mañana siguiente, hecho polvo.

Pero los verdaderos alcances del desastre se ventilaron nada menos que en el Kremlin. Ante la delegación olímpica en pleno los discursos centrales se dirigieron a la persona del *coach*. "Ese Arkadiev —sentenciaron—, ese viejo muerto de hambre, ese sucio intelectual apolítico." La directiva final provino del mismísimo Stalin: "Hay que disolver al equipo del Ejército soviético". Los campeonatos rusos comenzaron a jugarse con una escuadra de menos, sin mediar explicaciones.

Todavía faltaba un rapapolvos. Ya era 1953 y el funcionario enésimo elaboró el balance definitivo: "Perdimos contra Tito. Nuestro equipo no sólo se cubrió de vergüenza. También puso en ridículo al pueblo todo, a todos aquellos que luchan por la causa de la paz". K. Andrianov apeló incluso a la ciencia futbolística: "La manía de la táctica no lleva a la victoria... ¡Todo es tan sencillo, camaradas! El entrenador toma una hoja y escribe a la izquierda el nombre del jugador y sus defectos en la defensa o el ataque y a la derecha se escribe cómo eliminar esos defectos".

Así fue cómo los burócratas dieron lecciones a los entrenadores.



OTRO PAISAJE

Por Rossana Rossanda

No creo exagerar si afirmo que, después de la XIX Conferencia del PCUS, Moscú vive entre la sorpresa, la perplejidad y la desconfianza. La desconfianza es vieja y tiene sus razones: desde hace muchísimos años, como me lo dicen los más ancianos, las palabras han perdido su propio sentido, es decir, que lo que se decía no tenía ninguna relación con lo que se hacía, y la gente se habituó a considerar la política como un ritual compuesto de signos que no valía la pena descifrar.

Esta vez las palabras han atravesado las paredes de la sala de los congresos y la grisura anodina de las páginas de los periódicos, porque la Conferencia ha renunciado al secreto y los medios han comenzado a transmitir en directo las intervenciones, los sucesos, las entrevistas a los delegados. La prensa escrita publica íntegras las intervenciones y un tercer canal televisivo pone en contacto al público para que haga peticiones o solicitudes a quienquiera de los miembros del partido. Las preguntas formuladas son severas y las respuestas débiles son rechazadas enérgicamente, lo que determina una situación muy embarazosa para los cuadros políticos, los cuales no están acostumbrados a ser interpelados sin formalidades de respeto, y mucho menos a ser replicados de este modo: "Basta de patrañas, decid la verdad de una buena vez".

Hasta las propias resoluciones de la Conferencia conocidas el martes, ya que sólo ese día aparecen en Moscú, después del domingo, los periódicos no dejarán de sorprender. Es que no sólo dentro de los partidos comunistas, sino en todos los partidos en general, las mociones finales suelen ser menos claras que el propio debate, tienden al compromiso y terminan siendo entendidas, incluso con aburrimiento, por los especialistas. En esta oportunidad las cosas no serán así. Las resoluciones son claras, detalladas, articulan algunas de las tesis debatidas en la sala y precisan muy bien tanto las formas de ejecución como los plazos.

Un escéptico —y los escépticos abundan en Moscú *"Et| pour cause"*— me decía, durante la Conferencia, que probablemente Mijail Sergeievich Gorbachov pretende simplemente cambiar un aparato ineficaz, el del partido, por otro, el de los *soviets*. Es decir, un órgano que responda con mayor flexibilidad y adaptación a su política. Dudo que sea así. Cuando Gorbachov fundamenta la construcción del sistema político sobre dos aspectos cardinales, los *soviets* elegidos por sufragio universal y secreto y entre una pluralidad de candidatos, y en las resoluciones finales señala la necesidad de encontrar de inmediato un "mecanismo eficaz y dúctil" para "que se identifiquen y expresen", fuera de las organizaciones existentes, que son casi todas oficiales u oficiosas o de castas controladas por el partido —como la Unión de Escritores—, "los intereses y la voluntad de todas las clases y los grupos sociales", quienes son llamados a participar con sus candidatos en las elecciones de los *soviets*, no es un aparato lo que se construye, sino un articulado sistema de centros de decisión política.

Mucho más si tenemos en cuenta que estos *soviets* tendrán funciones legislativas, a las cuales el partido —como tal— deberá respetar y no estar por encima de ellas, como tampoco podrá imponer sugerencias preventivas y vinculantes. Del mismo modo, cuando de la *glasnost* se da una definición de tipo anglosajón en cuanto protege los derechos de cada ciudadano en particular —se tiene derecho a "conocer todos los asuntos de interés público" con la excepción de aquellos "protegidos por el secreto militar" y se está protegido por una reforma de los códigos que se basa en la presunción de inocencia y en el debate público—, y para la sociedad no se considera una concesión, sino una condición que un pueblo y un país se conozcan a sí mismos —y esté preparado para obrar por su propia elección "no de un modo voluntarista", resulta por todo esto difícil reducir esta compleja renovación a una simple maniobra.

Es cierto que cada proyecto político presume de construirse sobre una base de consenso, pero precisamente en este caso se trata de llevar o extender al conjunto del tejido social aquella esfera de lo político de la cual el partido se había apropiado. Estas resoluciones tienen un sentido muy preciso, ya que las condiciones para llevar a cabo su realización es que el pueblo se apropie de ellas y las asuma, las haga suyas y practique un proceso de subjetividades nuevas y múltiples, seguramente diferentes, que deberán producirse dentro de las reglas del juego y que por tanto implicarán, ciertamente, una dosis de conflictividad.

Ni siquiera los sectores más avanzados se esperaban esta reforma política y menos en plazos tan estrechos como los que marcan las resoluciones. Le golpea a alguien como yo, que he vuelto a Moscú después de muchos años, la intensa división de la sociedad en compartimentos definidos en los cuales cada uno tiene una especie de régimen propio, sus privilegios y dificultades, y bastante poca relación de unos con otros. Desde el extranjero suele simplificarse y se piensa en una gran y única división: el partido comunista, hasta ahora identificado con el Estado, por una parte, y el pueblo, por otra.

En otras palabras, ésta es una nomenclatura que se le ha legado al partido/Estado y a los ciudadanos comunes. Las cosas no son tan sencillas. Principalmente en la vida práctica. No sólo el partido y su enorme aparato viven vidas diferentes y separadas —casas diferentes, negocios diferentes, posibilidades diferentes de acceder a la información, a los viajes al extranjero, a las vacaciones, incluso a las propias clínicas y atenciones médicas—, sino que también viven formas diversas de vida las propias organizaciones propartidarias (jóvenes, mujeres, sector deportivo y similares), y las corporaciones de intelectuales (Unión de Escritores, Unión de Cineastas, periodistas no políticos, periodistas internacionales) y sea cual sea el centro de trabajo de algún relieve (las grandes fábricas tienen sus propios espacios, sus casas y centros de vacaciones, sus propios accesos a espectáculos, y se podría agregar mucho más). El resultado es que el valor del dinero varía mucho respecto del simple concepto de cantidad, e incluso, más allá de la corrupción, existen verdaderos ricos y verdaderos pobres, y, en cierto sentido, el ámbito de los más o menos ricos, de la *middle class*, es muy articulado y difuso.

Sea quien sea con quien se hable, todos son antiestalinistas y partidarios de Gorbachov (salvo la extrema derecha eslavófila), pero todos aspiran a un poco más de medios y a un poco más de libertad para su casta o corporación. Fui por azar un domingo a Peredelkino, residencia de los escritores, de la cual es propietaria la Unión de Escritores, donde *dachas* hermosísimas se ocultan en bosques también hermosísimos y cada día aparece llena de flores la tumba de Pasternak. Todos han seguido con entusiasmo la Conferencia, a todos les resulta muy bueno Gorbachov, y mucho más aún Yeltsin, ninguno es partidario de que el mandato de Gorbachov no pueda superar los 10 años, y absolutamente nadie se interesa por los *soviets*.

El ideal de sociedad de esta gente es aquella en la cual los obreros trabajen, los científicos estudien y sean bien remunerados, los escritores vendan una media de un millón de ejemplares y reciban sus derechos de autor, ahora incluso del extranjero. Más seriamente aún me han alabado a los campesinos que compran un camión del Estado a bajo precio y lo utilizan para adquirir albaricoques en Armenia al precio de un rublo por kilo, que después venden en el mercado libre, en Moscú, a 14 rublos el kilo. "Ellos amortizan el precio del camión con dos viajes, los campesinos están contentos y nosotros también, puesto que podemos conseguir albaricoques", me han dicho con alegría.

Cuando yo misma fui al mercado libre, donde pueden entrar todos, me di cuenta de que allí van sólo aquellos que poseen esos especiales "réditos de casta" y los extranjeros, mientras que junto a éste se encuentra el mercado estatal, que está desabastecido, tiene precios mucho más bajos, pero en compensación no se encuentra más que manteca, leche, huevos y coles. Mi alma italiana es rebelde y me sentí azorada de que las mujeres que entran al mercado estatal no invadieran el mercado libre y lo saquearan: en Roma no habría un día en que no se formara una bronca. Aquí, en cambio, todos se resignan a mantenerse en su lugar, y por su parte los "empresarios libres" estafan a más no poder y entienden cualquier idioma cuando se les dice: "Pero, usted está loco, quédese con sus albaricoques". Entonces corren detrás tuyo y te los ofrecen a mitad de precio.

Esta sociedad feudal y estratificada, que se refleja hasta en los cementerios, divididos en los que son para gente muy importante, para gente importante, y para gente "de a pie", ha aspirado hasta ayer a un "príncipe bueno", y lo tiene sinceramente en Gorbachov, que como tal se prepara. Así lo estiman incluso los economistas, que proponen la redituabilidad de la empresa sin preocuparse demasiado de la mano de obra excedente. Muchos de ellos me dicen muy seriamente que su ideal es Japón, y cuando les respondo indignada que ninguno de ellos quisiera ser obrero, y mucho menos obrera, en Japón, me conceden como posibilidad aceptar a Suecia como su ideal, El Dorado, el sueño, el paraíso de la *intelligentzia* y de la clase media soviética.

Pero, ¿y el *soviet*? ¿Es un verdadero sistema de equilibrio y justa evaluación? Entre las muchas sombras de la sociedad posestalinista permanece, también, la sombra protectora de los muchos estratos diferenciados y poco adeptos a enfrentarse en un debate libre y transversal. Se puede observar que este pueblo no ha conocido jamás la democracia en un sentido auténtico, y en los años del estalinismo las palabras que conocía —fraternidad, solidaridad, igualdad de derechos— han perdido el sentido. La reforma política, tanto como la elección y el control de las empresas, no echarán por tierra solamente los privilegios del partido: enseñarán un lenguaje político que se ha perdido y que no resulta cómodo para todos. La democracia no es una fiesta absoluta.